

Jesus de Nazaret sea atado á una columna y que en ella sea cruelmente azotado, con el objeto de presentarle despues al pueblo, á fin de que el espectáculo de ver sus carnes cubiertas de llagas y heridas, les moviese á piedad y no pidiesen mas su muerte. ¡Insensato! ¡Juez inícuo! ¡Si tu conciencia te declara su inocencia, cómo te atreves á mandar que le castiguen de un modo tan atroz! Por otra parte, ese pueblo ingrato se halla sediento de sangre, y no cesará de pedir su muerte hasta que le vea espirar en el Gólgota: asi fué en efecto. El Salvador habia ya sufrido el tormento de la flagelacion: seis robustos verdugos habian agotado sus fuerzas de tanto azote como le habian dado: ya en este momento tiene cumplimiento la profecía de Isaias. Vimosle sin aspecto ni hermosura, le vimos y no era de mirar... Despreciado y el postrero de los hombres, hecho un varon de dolores (1).

Señores, no creo que haya necesidad de trasladarnos al Calvario y presenciar el horroroso Deicidio que alli tiene efecto, para conocer el amor de Jesucristo á la humanidad. Trasladémonos en espíritu al pretorio de Pilato, y con contemplar tan solamente aquellas divinas manos atadas con tanta crueldad á la columna y el tormento de los azotes, comprendemos cuánto debemos al Salvador de la estirpe culpable del primer padre. ¿Y por qué, amabilísimo Jesus, sufres tanto por el hombre? ¿Por qué pones tu corazon tan cerca de él, y le colocas en un estado tan enviable? ¿Ignorabas, señor, su ingratitud? ¿Ignora-

(1) Et vidimus eum, et non erat aspectus, et desideravimus eum. Despectum, et novissimum virorum, virum dolorum. Isaias, c. LIII, v. 2 y 3.

bas por ventura que tantos tormentos, tantas aflicciones, tantas angustias habian de ser inútiles para muchos, que no aprovechándose del precio infinito de tu preciosa sangre, no habian de conseguir la salvacion? Buscad, hermanos míos, buscad en el pretorio á aquellos que tantos beneficios habian recibido de sus manos. ¿Dónde están aquellos ciegos á quienes dió la vista, aquellos mudos á quienes concedió el don de la palabra, aquellos tullidos cuyos miembros adquirirían agilidad al eco de su voz omnipotente; aquellos muertos, en suma, á los que concedió nueva vida? Empero no sé por qué pregunto al Salvador por la multitud de sus socorridos, cuando ni veo á aquellos discipulos y Apóstoles que le seguian por todas partes, que participaban con mas frecuencia de su doctrina y que creían en él. ¿Mas y el Apóstol de la fé? ¿Y aquel hombre valeroso que habia jurado morir en su defensa, si necesario fuese, y que en el huerto desenvainó su espada para herir á Malco? ¡Ah! No le busqueis tampoco consolando á su Divino Maestro, pues que tímido ahora y cobarde, la débil voz de una mujer le hace negarle por tres veces, y huir precipitadamente de la vista de los hombres. Así, pues, azotado el Salvador y despues de haberle puesto sobre su divina cabeza, sobre aquella cabeza do residia la eterna sabiduría, una corona de penetrantes espinas, y sin tener á su lado persona alguna á quien causase compasion, ni lástima, es presentado ante aquel pueblo infame, ante aquella generacion mala y adúltera, como la habia llamado el mismo Jesucristo (1); ante aquel pueblo, en suma, que pidió cayese sobre él y

(1) Math. c. XII, v. 39.

sus hijos la sangre del mas justo, del mas inocente Abel. ¡ECCE HOMO! dice Pilato: ved aquí al hombre que me habeis traído acusado como perturbador del orden público; ved aquí al que mirais como vuestro mayor enemigo; aunque para vuestros ojos tenga algun delito, mirad sus carnes rasgadas y cubiertas con su misma sangre. En vano todo: nada es suficiente para ablandar aquellos corazones, y no oye Pilatos otra contestacion ni otras palabras que aquellas con que pedian su muerte (1).

De este modo, hermanos míos, nos muestra Jesus en sus tormentos, sufriendolos por nuestro amor, lo intenso de su dolor: nos ve caidos y quiere levantarnos; nos ve manchados y quiere lavarnos con su misma sangre; nos ve desheredados del cielo, y se propone rescatarnos su posesion por medio de sus padecimientos y sacrificio. ¡Cuánto debemos á nuestro Dios! ¡Qué beneficios mas extraordinarios nos ha dispensado! ¿Y correspondemos nosotros á ellos? ¿somos fieles á la religion santa que el Señor fundara á costa de su sangre? Hemos tocado al segundo punto que abraza mi proposicion. Oid.

Con los tormentos y la muerte de Jesucristo se rubricó el decreto de vida á nuestro favor. El vencedor establece su nueva ley y ella debe darse á conocer de un modo sobrenatural y conteniendo en sí todo lo que puede labrar la felicidad del hombre. En vano, pues, exclamará el impío, que en ella no están los bienes que al hombre hacen dichoso. Clamad en buen hora; levantad vuestra voz cuanto gustéis; inventad sofismas, tejer en el taller de vuestra maldad un

(1) Illi autem clamabant: Tolle, tolle, crucifige eum. Joan. c. XIX, v. 15.

denso velo para ocultar su gloria, que vuestros mismos deseos, lo que vosotros creéis forma la felicidad, trae los bienes, causa el gozo y concede la quietud al hombre, me servirá para demostraros que nada de esto se encuentra sino en él, sino en la religion cristiana.

No se oye el choque de las armas, ni fuertes armados se presentan como conquistadores para llevar por do quier la muerte y vertiendo la sangre de sus enemigos, escuchar el clamor de los que lloraran su término. Por el contrario, se observan unos hombres pobres que muy poco antes no sabian nada, unos hombres sin mas ilustracion que aquella que adquirir pudieran en su humilde oficio: ellos llegan hasta los tronos, hablan sin temor á los Césares, reprenden á los monarcas, dan en rostro á los poderosos con las iniquidades que cometieran, se arrojan á los templos de las falsas deidades, y á la vista de estos hombres se ven por el suelo los incensarios y sacerdotes: enmudecen los oráculos, los ídolos caen por tierra, y olvidando el hombre aquella vida que le halagaba y las leyes que le decian: goza de los placeres todos, se observa repentinamente una variacion que no puede menos de causar la admiracion del mundo. ¿Y qué predicán? ¿Qué bandera llevan para sus conquistas? ¿Cuáles son las señales de su poder? San Pablo nos lo explica claramente: *Nos autem prædicamus Christi crucifixum* (1); nosotros predicamos á Jesucristo crucificado, el camino de la felicidad es la cruz y las señales de su poder las humillaciones. Luego la religion que fundara ese Dios hombre, se estableció, no como

(1) Paul. I ad Cor. cap. I. v. 23.

dice el falso crítico, con la astucia de sus ministros; sino con la fuerza, virtud y poder de un Dios humillado por salvar al hombre. Decidme. ¿En qué fundais los bienes y contentos de la vida? ¿En qué la paz y tranquilidad de los reinos? ¡Ah! Buscad en el jardín que formara vuestro capricho las mas hermosas flores del placer; adornar con ellas vuestra cabeza y presentaos al mundo, y cuando la lisonja os diga, ya sois felices, escuchareis una voz, la voz de la conciencia que os dirá: insensatos, esas flores se marchitan y en el sepulcro termina vuestra gloria. Luego dicha que concluye, no puede formar la felicidad del hombre. ¿Y la religion qué os dice? Vivid en el desprecio ó humillaciones, tomad la cruz de los trabajos, seguid por el camino de la humildad, teneos por menos que los demas, y esto que con tanto horror mira el mundo es el gozo verdadero: verdad es que hay que trabajar, pero así como el labrador suda, se fatiga por labrar sus tierras, y despues vé cumplidos sus deseos y recoge el ciento por uno, así el cristiano ara con el hierro de la mortificacion la tierra de su corazon, arroja en él la semilla de la doctrina santa; empero todo esto le proporciona flores y coronas eternas que no se marchitan, que pasan mas allá del sepulcro, que en suman duran por toda la eternidad, mientras las del mundo duran el corto tiempo de la vida.

Yo quiero convenir en que el mundo os aplauda, en que goceis las mayores dignidades, en que os eleveis hasta el trono de un monarca. ¿Y qué habeis conseguido? Los aplausos del mundo encienden el fuego de la envidia, que unida con la ambicion crece hasta consumir al hombre entre sus llamas. ¿Quereis conocer la inconstancia de las cosas del mundo?

Abrid la historia y leed: ¡Cuántos han caido de la cumbre del poder, en un oscuro calabozo! ¡Cuántos que nadaban en las riquezas se han visto precisados á mendigar el pan de puerta en puerta! Y los honores y la elevacion que la religion os dá, ¿han faltado jamás? No: con ellos viene la paz del corazon. Seguramente, señores, que cuando el cristiano se dedica á la perfecta observancia de su ley, el mundo le critica, desprecia y humilla, y aun le hace á veces servir de objeto de su furor, ¿pero que os importa, cuando en esto imitais á Jesucristo, despreciado, abandonado de sus mas amigos, azotado, coronado de espinas y puesto á la vista de un pueblo que le odia? ¿Haceis consistir vuestra felicidad en las ciencias, en haber recibido los laureles de la fama? Conoced que vuestra ciencia está fundada en el capricho, cimentada en tantas opiniones cuantos son sus autores: y aquella ciencia que solo procura autorizar las leyes del mundo y condenar las de la religion, ¿qué ha conseguido? ¿Qué laureles ha obtenido? Registrad las historias y en ella encontrareis multitud de hombres que inventando en su imaginacion acalorada medios para destruirlas, dieron al mundo oculto entre preciosas flores de elocuencia el mortal veneno de la infidelidad, ¿dónde está un Wiclef, un Marcion, un Lutero, un Calvino, y tanta multitud de herejes que se desencadenaron contra la Iglesia? ¡Ah! Que ellos con su doctrina merecieron el justo castigo de su crimen horroroso.

Observad ahora á un verdadero católico: con la ciencia que la religion enseña confiesa los errores del mundo, se opone á los sofismas de los filósofos: contradice la doctrina del impío: echa por tierra

los planes de la heregia, y tanto mas victorioso cuanto mas perseguido demuestra la infalibilidad de esta celestial doctrina: la ciencia de la religion catolica, hace al hombre tan grande que una vez que la confiesa nada le intimida: poco importa que los tiranos arrebaten la vida a los profesores del cristianismo, pues del mismo seno del paganismo aparecen nuevos defensores, multiplicándose su número al tiempo mismo que se aumentan los tormentos, y seguirán y acompañarán a Jesucristo con el lábaro de la cruz que les dá para su conquista.

En consideracion á la ilustracion del auditorio que me escucha, yo no debo detenerme en haceros ver la ruina en que la doctrina de los nuevos filósofos hace caer á sus desgraçados seguidores. Segun ella, el no vengarse es cobardia, segun la religion, el perdonar la ofensa es una virtud. La religion os dice; obedeced, estad sujetos á vuestros mayores sin investigar su conducta sino solo por su autoridad; no halla distincion entre los hombres porque todos somos hermanos, y de este modo, señores, enseña cuanto es necesario para labrar la felicidad del hombre.

Apartad de vosotros la soberbia y ambicion que domina en el mundo; arranca el odio que predomina en el corazon y desde luego vereis cuán felices son los reinos y cuán dichosos los hombres, y siendo esto lo que nos enseña la religion lo es tambien que solo en ella está la felicidad, los bienes y consuelos que el hombre puede desear, teniendo siempre á la vista que la mortificacion y humillaciones fueron sufridas por su autor divino para que nosotros con su ejemplo sepamos sufrir las que el mundo nos presenta.

Caminad, pues, por tan preciosa senda; no temais que el mundo os aborrezca, pues si el maestro sufrió tantos tormentos, sus discípulos no pueden menos de experimentarlos, y si acaso, hermanos míos, la soberbia quiere apoderarse de vuestro corazon, *Ecce Homo*, ved ahí el hombre Dios, el que es aclamado Santo en las alturas y tiene su trono en el empireo; vedlo, digo, cruelmente azotado, su cabeza taladrada con punzantes espinas y mostrando el colmo de la afliccion, sufriendo cuanto merecia el hombre. Si sois tentado por el lujo y la ostencion, *Ecce Homo*, ved aquí al Dios cuya religion adorable seguimos, ved aquí al que manda al monarca que sentado en su trono domina un reino entero, haciéndole descender hasta el sepulcro, desnudo de sus vestiduras y hecho una viva llaga por el tormento de los azotes, presentado al deicida pueblo. Si, cristianos, sea Jesucristo azotado y coronado de espinas el ejemplar que imitemos, y sea la cruz el camino por donde nos dirijamos para llegar sin tropiezo á la mansion feliz de los escogidos.

Y vos, dulcísimo Jesus mio, Padre amorosísimo, á quien en este dia contemplamos hecho el blanco de la ira del Eterno Padre, sufriendo por nuestro amor el cruel tormento de la flagelacion, y dispuesto para verter en la cruz hasta la última gota de vuestra preciosa sangre, hacednos, Señor, adquirir un odio grande al pecado y un espíritu de penitencia, para que no haciendo infructuoso para nosotros el fruto de la redencion, seamos felices en la vida, espiremos con una preciosa muerte, con la muerte de los santos, y despues seamos eternamente felices en la gloria, que os deseo á todos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, *Amen*.